

843
L.

PA 2472

.H 5

56

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que exige la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3, esquina á la de las Huertas.

HISTORIA DE UN SPIAI

INTRODUCCIÓN

I

Descendiendo por la costa africana, después de haber atravesado el imperio de Marruecos, se recorre durante varios días y noches un país interminable y desolado. Es el desierto de Sahara, ese inmenso mar sin agua á que los moros llaman el país de la sed.

Las playas de este interminable desierto tienen una extensión de quinientas leguas, sin un punto de referencia para los navíos, sin una planta, sin un vestigio de vida.

Aquellas soledades en que reina un calor abrasador que aumenta de día en día á medida que se desciende, desfilan ante los ojos del viajero con triste monotonía llenas de movibles dunas y de indefinidos horizontes.

Al fin se ve aparecer en medio de las arenas una antigua y blanca ciudad rodeada de amarillentas palmeras.

Es San Luis de Senegal, capital de la región del mismo nombre.

Una iglesia, una mezquita, una torre y casas á la morisca. Todo esto parece dormir bajo aquel sol abrasador, como duermen las dos ciudades portuguesas que florecieron en otro tiempo en el Congo: San Pablo y San Felipe de Benguela.

Al aproximarse, sorprende al viajero ver que aquella ciudad no esté edificada en la playa y que no tenga puerto ni comunicación con el exterior.

La costa oriental es inhospitalaria como la del Sahara y una interminable fila de escollos impiden á los barcos abordar á élla.

También se ven al acercarse á tierra inmensos hormigueros humanos y millares y millares de viviendas con cubiertas de paja, cabañas liliputienses con puntiagudos tejados donde se alberga un pueblo de negros.

Son dos grandes arrabales de pescadores, *Guet-n'adar* y *U'dar-toute* que separan á San Luis del mar.

Si el viajero se detiene cerca de estos arrabales, pronto ve llegar grandes piraguas de agudas proas conducidas por negros que reman vigorosamente.

Estos negros son verdaderos héroes, admirable-

mente formados; pero su cara recuerda mucho á la del mono.

Al parar los escollos suelen encallar gran número de veces; pero con esa perseverancia propia de su raza y con una agilidad y una fuerza de clonwns, otras tantas ponen á flote su piragua, volviendo después á emprender la marcha.

El sudor y el agua del mar relucen sobre la piel de aquellos hombres medio desnudos que parecen de barnizado ébano.

Al llegar sonríense con aire de triunfo dejando ver las hileras de sus blanquísimos dientes.

Su traje se compone de un amuleto y de un collar de vidrio. La carga de su piragua es una caja de plomo cuidadosamente cerrada, en que llevan la correspondencia. En ella van las órdenes del gobernador para los navíos que llegan y la correspondencia para las gentes de la colonia.

Cuando se tiene prisa puede uno confiarse sin temor en las manos de aquellos hombres, seguro de ser respetado y depositado sobre la arena sin contratiempo alguno.

Pero es más cómodo seguir el camino hacia el Sur, hasta la desembocadura del Senegal, en cuyo punto se encuentran barcos achatados que conducen tranquilamente á los pasajeros á San Luis por el río.

Este alejamiento del mar es para aquella población la causa de su poco adelanto y de su aspecto triste.

San Luis no puede servir de puerto de arribada á los paquebots ni á los navios mercantes que descenden del otro hemisferio. Se va allí cuando la necesidad obliga, y al pisar aquellas arenas inhospitalarias, parece sentirse uno prisionero y separado por completo del resto del mundo.

II

En el barrio norte de San Luis, cerca de la mezquita, había una antigua y reducida casa aislada, que pertenecía á un traficante del alto río, llamado Samba-Hamet. Estaba blanqueada con cal; sus muros eran de ladrillo agrieteado, sus maderas contraídas por el calor, servían de vivienda á legiones de insectos, hormigas blancas y verdes lagartos. Los marabus que anidaban frecuentemente en sus tejados, castañeteaban su pico al sol, alargando gravemente su pelado cuello hácia la calle recta y desierta, cuando por casualidad pasaba alguien... ¡Qué triste es esta parte de tierra africana! Una frágil palmera paseaba lentamente todos los días su raquífica sombra á lo largo de la abrasada muralla; este era el único árbol de aquel barrio, el único punto verde en que la fatigada vista podía detenerse. Sobre sus ramas amarillas iban á menudo á detener su vuelo esos diminutos pájaros azules y rosados que se llaman en Francia bengalis. Alrededor todo era arena, siempre

arena. Ni un poco de musgo, ni un arbusto, ni una señal de vegetación sobre aquel suelo abrasado por todos los hálitos del ardoroso y estéril Sahara.

III

En el piso bajo de la casa á que nos referimos, una negra, vieja, horrible, llamada Coura n'diaye, antigua favorita de un Rey negro, habitaba en medio de los restos de su fortuna, rodeada de sus extrañas vestiduras, de sus pequeños esclavos cubiertos de cuentas de cristal azul, sus cabras, sus grandes carneros y sus flacos y amarillentos perros.

En la parte superior había una gran sala cuadrada, alta de techo, á la cual se subía por una escalera de madera carcomida situada en el exterior.

IV

Todas las noches un hombre vestido de rojo y con turbante musulmán, un spahí subía á la puesta del sol á casa de Samba-Hamet.

Los marabus, que anidaban en esta, le veían venir desde lejos y le reconocían al momento por su aire y por los vistosos colores de su traje, dejándole entrar sin demostrar la más pequeña inquietud, como á una persona largo tiempo conocida.

Era éste un hombre de elevada estatura, de arro-

gante aptitud y de raza blanca, aun cuando el sol africano había tostado ya por completo su rostro y pecho.

Aquel spahí era hermoso en extremo, de una belleza varonil y grave, de grandes ojos brillantes y rasgados como los de un árabe; su turbante echado hacia atrás dejaba escapar un mechón de cabellos negros que caían sobre su ancha y pura frente.

La roja vestidura le sentaba admirablemente y respiraba toda su persona la agilidad y la fuerza.

Era en general grave y pensativo; pero cuando sonreía, su sonrisa tenía una gracia felina que dejaba entrever unos hermosos dientes de extraordinaria blancura.

V

Una noche, el hombre de la roja vestidura tenía aun más que nunca el aire soñador, cuando subía á casa de Samba Hamet.

Entró en la habitación alta, que era la suya, y pareció sorprenderse al encontrarla vacía.

Se aproximó á un gran cofre, apoyado sobre banquillos, chapeado de una placa de cobre y pintado de vivos colores, como esos de que se sirven los Yofis para encerrar objetos preciosos.

El spahí trató de abrirle; pero le encontró cerrado.

Entonces se tendió en su *tara*, que es una especie

de sofá que fabrican los negros de las orillas del Garubia.

Luego sacó de su pecho una carta, que se puso á leer después de haber besado la firma.

VI

¿Era aquella alguna carta de amor, escrita por alguna linda francesa ó por alguna romántica española al hermoso spahí de Africa, que parecía creado para el amor?

Esta carta nos dará probablemente el nudo de alguna dramática aventura por la cual comience esta historia.

.....

.....

VII

La carta que había besado el spahí llevaba el timbre de un oculto pueblo de los Cévenes.

Estaba escrita por una mano temblorosa y poco ejercitada. Los renglones eran desiguales y torcidos, y abundaban las faltas de ortografía.

Decía así:

«Mi querido hijo.»

La presente es para darte noticias de nuestra salud

que, gracias á Dios, es bastante buena; pero tu padre dice que se siente envejecer y el pobre vé tan poco que soy yo, tu madre, la que tiene que escribirte, esperando que me dispenses, hijo mío, pues ya sabes que no sé hacerlo mejor.

«No puedes figurarte, querido hijo, cuántos trabajos estamos pasando desde hace algún tiempo. En los tres años que hace que partiste, nada nos sale bien; la prosperidad, así como la alegría, se han marchado contigo.»

»El año es malo á causa de las grandes heladas que han caído en nuestros campos, y que lo han perdido todo, menos lo de la orilla del camino.

»La vaca ha estado enferma y hemos gastado mucho con élla. Además, tu padre no gana el jornal todos los días, porque prefieren para el trabajo la gente joven, y, en fin, hemos tenido que componer una parte de tejado de casa, que amenazaba ruina.

Bien sabemos que no ganas mucho; pero dice tu padre, que si puedes enviarnos lo que nos has prometido sin hacer un gran sacrificio, nos será muy útil.

»Los Mery podrían prestarnos algo, pues ya sabes que son muy ricos; pero no quisiéramos, por nada del mundo, tener que dirigirnos á ellos.

»Vemos á menudo á tu prima Juana Mery, que está cada día más guapa. No tiene más gusto que venirnos á ver para hablar de tí; dice que no desea más que ser tu mujer, querido Juan; pero que su

padre no quiere que le hablen de este matrimonio, porque dice que somos pobres y que tú has sido una mala cabeza. Creo, sin embargo, que si ganases los galones de sargento y si te viesen volver al país con tu magnífico traje de militar, no podrían menos de aceptarte por yerno. Entonces podría yo morir tranquila al veros casados. Hariais una casita cerca de la nuestra, y todos seríamos felices. Tú padre y yo hacemos estos proyectos constantemente.

»Enviamos sin falta algún dinero, hijo mio, pues te aseguro que estamos muy necesitados.

»Tu padre sufre mucho al pensar en nuestra situación de este año, y muchas veces, durante la noche, observó que no duerme y suspira. Si no puedes enviarnos mucho, por lo menos envíanos algo.

«Adios, mi querido hijo. La gente del pueblo pregunta mucho por tí y que cuándo vendrás. Los vecinos todos te envían muchos recuerdos; en cuanto á mí, ya sabes que no tengo un momento de alegría desde que te fuiste.

»Te envío un abrazo y tu padre otro.

»Tu madre que te adora:»

FRANCISCA PEYRAL.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1919. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

—Juan se apoyó en la ventana y se puso á soñar mirando vágamente el paisaje africano que se extendía ante su vista.

Las puntiagudas siluetas de las casas de los yolofes, hacinadas á sus piés y á lo lejos el mar agitado y la eterna línea de los rompientes africanos. Un sol próximo á desaparecer iluminaba aún con rojiza claridad aquel panorama en cuyo fondo se destacaba el abrasado desierto y un punto en que se detuvieron sus ojos: el cementerio de Sorr, donde ya descansaban algunos de sus camaradas muertos de la fiebre, bajo aquel clima maldito.

¡Oh! volver al lado de los pobres padres! ¡Vivir con Juana en una casita cerca del hogar paterno! ¿Por qué estaba en Africa?.. ¿Qué había de comun entre él y aquel país?.. ¿Qué significaba aquel traje rojo y aquel turbante con que habían cubierto su cabeza?..

Y el pobre guerrero del Senegal pensaba en su aldea...

Cuando el sol desapareció y cayó la noche, sus ideas se fueron haciendo más tristes...

Del lado de *N'dar toute* los precipitados golpes del tán, tán, llamaban á los negros á sus danzas y las casas yolofes se iban iluminando.

Un vientecillo de Diciembre se levantó arrastrando algunos remolinos de arena y haciendo correr un estremecimiento una impresión inusitada de frío por aquel país abrasado.....

La puerta se abrió, y un perro con aspecto fiero, de pequeñas orejas, un verdadero perro indígena de la raza *Caobé*, entró ruidosamente y se puso á dar saltos alrededor de su amo.

Al mismo tiempo apareció una negra jovencita que, alegre y risueña, saludó haciendo una reverencia al modo de su país y diciendo: *¡Keou!* (buenas noches.)

IX

El spahí la miró distraidamente, y la dijo:

Fatou Gayé, abre ese cofre, que voy á sacar dinero.

—¡Dinero!—exclamó Fatan Gayé abriendo mucho sus grandes ojos negros.—¡Tú dinero! repitió la negra grita con esa mezcla de miedo y de descaro de los niños que hacen algo malo y temen ser castigados.

Y al decir esto, señalaba con timidez sus orejas adornadas de unos pendientes de oro admirablemente trabajados.

Aquellas joyas de oro puro de Galam tenían una delicadeza maravillosa que sólo los artistas negros tienen el secreto de dar, cuando trabajan á la som-

bra de sus tiendas de campaña sentados en las ardientes arenas del desierto.

¡Faton Gayé acababa de comprar aquellos objetos, largo tiempo deseados, con el dinero del spahi, con cien francos que había ido juntando poco á poco, y eran el fruto de sus economías de soldado que destinaba á sus pobres padres!.....

Los ojos del spahi relampaguearon, y dirigiéndose á donde estaba colgado su látigo, le cogió violentamente dispuesto á castigar; pero antes de descargar el golpe, su brazo cayó desarmado.

Juan Peyral era incapaz de hacer daño á nadie y menos á un ser débil.

No hizo tampoco reproche alguno á la negrita, pues sabía que era inútil.

El solo tenía la culpa, pues debía haber escondido mejor un dinero que tan necesario les era á sus pobres padres.

Faton Gayé sabía muy bien las zalamerías que había de hacer á su amante: enlazábale con sus brazos negros como el ébano formados como los de una estatua y apoyaba su cabeza sobre el pecho del spahi con tal coquetería y abandono, que muy pronto excitaba en él los ardientes deseos que habían de promover el perdón de su falta.....

Y el spahi se dejó caer negligentemente en su *tara*

al lado de la negra, prometiéndose buscar al día siguiente el dinero que esperaban allá, en la choza, sus viejos padres.....

PRIMERA PARTE

I

Hacia tres años que Juan Peyral había pisado la africana tierra y una gran transformación se había operado en él.

El joven había pasado por varias fases morales. El sitio, el clima, y la naturaleza habían ido ejerciendo poco á poco sobre él todas sus influencias enervantes.

Juan se había deslizado insensiblemente por pendientes desconocidas y era el amante de Faton Gayé, joven negra de raza Khassonkée, que había logrado envolverle en una seducción impura y sensual, en un extraño encanto, como producido por sus misteriosos amuletos.....

La historia del pasado de Juan no era muy complicada.

A los veinte años, la *suerte* le había arrancado de los brazos de su madre que lloraba, y había partido,

como otros muchos, cantando con toda la fuerza de sus pulmones para no deshacerse en lágrimas.

Su elevada estatura había sido causa de que le escogieran para caballería, y el misterioso atractivo de lo desconocido le había arrastrado el cuerpo de spahis.

Su infancia había pasado en los Cevenes, en un pueblo ignorado, rodeado de bosques.

Había crecido respirando el aire puro de aquellas montañas como una de sus hermosas plantas.

Las primeras imágenes grabadas en su imaginación de niño habían sido puras y sencillas: su padre, su madre y una casita bajo los castaños.

Todos estos recuerdos estaban grabados en su imaginación con rasgos indelebles.

Desde los primeros años de su vida no quedaba grabado en su memoria más que aquel pueblecillo en que había nacido, ni había en su imaginación otro recuerdo que el de sus bosques, sus peñas y sus arroyos.

En aquellos bosques, donde vagamundeaba todo el día, había tenido sus primeros ensueños de solitario y sus contemplaciones de pastorcillo.

También conservaba de aquellos tiempos un mal recuerdo: el del día en que le enviaron á la escuela del pueblo: ¡un sitio en el que era preciso estarse quieto todo el día!.. Por fin, habían tenido que renunciar á enviarle, porque se escapaba siempre.

El domingo le ponían su traje de día de fiesta y su

madre le llevaba á la iglesia en compañía de su prima Juanita, á la cual recogían al pasar por casa del tío Mery. Después se iba á jugar á la barra con los demás chicos. Sabía que él era el más hermoso de todos y el más fuerte, por lo cual encontraba por todas partes la más completa sumisión en sus compañeros de juego.

Conforme creció, su independencia y aquella necesidad continua de movimiento que siempre había tenido, se acentuaron mucho más.

A lo mejor se iba en un caballo á dar carreras por los bosques, siempre cargado con una escopeta vieja que motivaba disputas muy frecuentes con el guarda.

Este carácter causaba la desesperación de su tío Mery, que hubiera deseado hacerle aprender un oficio y hacer de él un hombre pacífico.

Sin embargo, Juan era querido de todos, pues tenía buen corazón y, á pesar de su mala cabeza, cuando le reprendían con dulzura, hacían de él lo que querían.

El tío Mery, con sus sermones y sus amenazas, no tenía sobre él la más pequeña influencia; pero cuando su madre le reñía y él comprendía que la había dado algún disgusto, bajaba la cabeza y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Era indómito, pero no libertino, y en su pueblo estaba al abrigo de todo contagio malsano y de precoces depravaciones. Así es que cuando cumplió los veinte años y entró en el servicio, Juan estaba tan

puro y casi tan ignorante de las cosas de la vida como un niño.

II

Después había experimentado sorpresas de todos géneros.

Había seguido á sus nuevos compañeros á sitios en que había aprendido á conocer el amor en medio de todo lo que la prostitución de las grandes ciudades puede ofrecer de más ayecto é indigno.

La sorpresa, el disgusto y al mismo tiempo el atractivo devorador de todo aquello que hasta entonces había ignorado, habían trastornado mucho su ardiente y joven imaginación.

Algunos días más tarde, un navío le había llevado lejos, muy lejos, á través de un mar tranquilo y azul, para dejarle aturdido y confuso aún en las costas del Senegal.

III

Un día de Noviembre, en la época en que los grandes baobats dejan caer al suelo sus últimas hojas, Juan Peyral contemplaba con tristeza aquel rincón de tierra donde su destino le condenaba á pasar cinco años.

El espectáculo sorprendente de aquel país había

halagado su viva imaginación y se sentía poseído de cierto orgullo al retorcer su bigote, cuyas guías se ban alargando rápidamente y al contemplar su turbante, su uniforme rojo, su caballo y su sable.

Se había encontrado hermoso con aquel atavío, y esto le había satisfecho.

IV

¡Noviembre! Esta es la estación más hermosa del Senegal, correspondiente á nuestro invierno de Francia.

El calor es menos fuerte y el viento seco del desierto reemplaza á las grandes tempestades del estío.

Cuando esta estación comienza en el Senegal, se puede con toda seguridad vivir al aire libre, pues durante seis meses no cae una gota de agua en aquel país abrasado un día y otro por un sol devorador...

.....

Esta es la estación de los reptiles. El agua falta en todas partes. Los pantanos se secan y la hierbecilla muere.

Sin embargo, las noches son frías, y á la puesta de sol se levanta generalmente una gran brisa de mar que resuena en las eternas rocas de la playa de Africa y sacude sin piedad las últimas hojas del otoño.

¡Triste otoño que no tiene consigo ni las largas veladas de Francia, ni el encanto de las primeras he-

ladas, ni la recolección, ni los dorados frutos! ¡Nunca dió fruta alguna aquel país desheredado de Dios! ¡Ni aun nacen allí los dátiles del desierto!

La sensación de invierno que se experimenta allí en medio de una temperatura aun tórrida causa á la imaginación una impresión extraña.

Grandes esplanadas caldeadas, tristes, cubiertas de hierba seca en que se elevan por algunos sitios al lado de raquílicas palmeras, colosales baobats cuyas ramas desnudas son habitadas por familias de pájaros y de murciélagos.

V

El aburrimiento se apoderó muy pronto del pobre Juan.

Experimentaba una melancolía que nunca había sentido, vaga, indefinible.

Era la nostalgia de sus montañas, de su aldea y de la choza de sus amados padres.

Los spahis, sus nuevos compañeros, habían arrasado ya su enorme sable en diferentes guarniciones de la India y de Argelia. En los fumaderos (1) de las ciudades marítimas, donde habían paseado su juventud, habían adquirido ese espíritu burlón y libertino

(1) N. del T.—Establecimientos análogos á nuestros cafés.

que se forma recorriendo el mundo. Conocían en Argot, en Sabir y en árabe cínicos refranes que sabían aplicar con mucha gracia.

Buenos muchachos en el fondo y alegres camaradas, tenían costumbres que Juan no comprendía y placeres que le causaban extremada repugnancia.

Juan era soñador por naturaleza, como casi todos los montañeses. En la población viciosa y positivista de las grandes ciudades no existen los soñadores; pero entre los hombres que se han criado en el campo, entre los marinos y entre los hijos de los pescadores que han crecido en una barca en medio de los peligros del mar, se encuentran hombres que *sueñan*, verdaderos poetas mudos que lo comprenden todo; pero que no pueden dar forma á sus impresiones y son incapaces de expresarlas.....

Juan tenía muchos ratos desocupados y los empleaba en observar y en pensar.

Todas las tardes seguía la playa inmensa y se bañaba junto á las grandes rocas de las costas africanas, divirtiéndose como un niño en dejarse balancear por las enormes olas que le cubrían de arena.

Otras veces andaba sin cesar por el solo placer de moverse, de aspirar con fuerza el aire salado que venía del mar.

Aquellas llanuras, sin fin, le disgustaban; ofendían su vista acostumbrada á contemplar montañas, y el

joven sentía como una necesidad de avanzar siempre como para ensanchar el horizonte, como para ver *más allá*.....

.....
La playa, al crepúsculo, estaba cubierta de hombres negros que volvían á los pueblos cargados de haces de trigo.

Los pescadores también volvían cargados con sus redes y rodeados de ruidosas caravanas compuestas de mujeres y niños.

Las pescas del Senegal son abundantísimas y las redes se rompen bajo el peso del pescado: las negras llevaban sobre la cabeza enormes cestos, completamente cargados, y los niños volvían á sus casas engalanados de coronas de pececillos que formaban ellos mismos enganchándolos unos con otros.

Se veían caravanas pintorescas de moros que desfilaban formando extraños grupos iluminados por aquella luz aun más extraña.

Las últimas claridades del horizonte se extendían por aquel país de arena, y el sol se iba apagando entre sangrientos vapores.

Entonces era el momento en que todo aquel pueblo negro, con el rostro pegado al suelo, hacía su oración de la tarde.

Aquella era la hora santa del mahometano. Desde la Meca hasta la costa de Sahara el nombre de Mahoma repetido de boca en boca, pasaba como un sus-

piro misterioso por el Africa, deslizándose suavemente á través del Sudán, y yendo á morir entre aquellos labios negros á la orilla del inmenso mar agitado.

Los ancianos fakires, revestidos con sus túnicas y vueltos hacia el mar, recitaban sus rezos con la frente en la arena.

Toda la playa se cubría de hombres prosternados; reinaba el mayor silencio, y la noche descendía entonces con la rapidez propia de los países del sol.....

.....
Entonces Juan volvía al barrio de los spahís, en el Sur de San Luis.

En la espaciosa sala blanca, cuyas ventanas estaban abiertas, todo estaba silencioso y tranquilo.

Las camas numeradas de los spahís, estaban alineadas á lo largo de los desnudos muros; la tibia bris del mar agitaba sus mosquiteros de muselina.

Todos los spahís estaban fuera. Juan volvía á la hora en que los demás recorrían las desiertas calles en busca de sus placeres ó de sus amores.

Entonces le parecía más triste aquel barrio aislado y pensaba más que nunca en su madre.

VI

Habia en el barrio de San Luis antiguas casas de ladrillo que se iluminaban por las noches con brillantes luces y á la hora en que todo dormía en la desierta villa, salían de allí ruidos extraños y fuertes vapores de tabaco y alcohol.

Allí los spahis reinaban como señores; allí los pobres guerreros, de rojo uniforme, iban á hacer ruido y á aturdirse, á beber por necesidad ó por apuesta grandes cantidades de alcohol y á gastar lastimosamente la poderosa sabia de su vida.

La innoble prostitución mulata los esperaba en aquellos lugares festigos de inmundas bacanales excitadas por el ajenjo y por el clima de Africa.

Pero Juan evitaba con horror ir á aquellos lugares de placer, pues era muy juicioso y guardaba sus pequeñas economías de soldado, reservándolas para el dichoso instante del regreso.

Era muy juicioso y sin embargo sus camaradas no se burlaban de él.

El hermoso Muller que era un muchachote alsaciano y que pasaba por un héroe en el barrio de los spahis á consecuencia de su pasado de duelos y aventuras, le demostraba particular afecto; pero el verdadero amigo de Juan era Nyaorfall el spahi negro, un

gigante africano de la hermosa raza Fonta-Diablankue. El rostro de este hombre era imposible y en su perfil árabe se dibujaba una leve risa siempre fija en sus lábios siendo su conjunto el de una hermosa estatua de mármol negro.

Este era el amigo de Juan. Nuestro spahi, invitado por él iba muchas veces á su morada indígena de Guet-n'dar, donde Nyaor-fall le hacía sentar entre sus mujeres sobre una blanca sábana, ofreciéndole la hospitalidad á estilo de su raza: es decir, dándole á comer *kouss-koussy* los *gourous*.

VII

Lo hermoso de la estación llevaba un poco de animación á aquellas calles de San Luis parecidas á las de las Necrópolis.

Después de la puesta del sol, algunas mujeres europeas que la fiebre había respetado, paseaban sus trajes al estilo de Europa en la plaza del Gobierno ó en alguna alameda de palmeras de Guet-n'dar. Era como un recuerdo de Europa en aquel país de desierto.

En la gran plaza del Gobierno, que estaba rodeada de simétricos edificios con fachadas blancas, cualquiera se hubiera podido creer en un pueblo europeo del Mediodía, á no ser por aquel horizonte de arena, aquella es planada inmensa que dibujaba á lo lejos su implacable é infinita línea.

Los escasos paseantes se conocían y señalaban mutuamente.

Juan miraba á aquella gente y esta á su vez le miraba á él.

Aquel hermoso spahí, que se paseaba solo con un aire tan grave y tan sereno, daba en qué pensar á las gentes de San Luis, que suponían tenía que existir en su vida alguna aventura novelesca.....

Una mujer sobre todo miraba á Juan, una mujer que era más elegante que las otras y más bonita.

Según decían era de raza mulata pero su cutis tenía la blancura del de una parisien.

Blanca y pálida, con cabellos de un rubio rojo,—el rubio de las mulatas—y grandes ojos rodeados de profundas ojeras azules que se entornaban lentamente con una languidez de criolla, parecía esta mujer hecha para despertar profundas pasiones.

Era la mujer de un rico armador; pero en San Luis la designaban por su nombre como á una muchacha de color; la llamaban desdeñosamente Cora.

Venía de París y causaba envidia con sus trajes á las demás mujeres.

Juan notaba que en todo su ser y en su manera de vestirse había una cosa particular, una gracia que las demás no poseían. Veía sobre todo que era hermosa, y cuando le miraba al pasar, que era siempre

que se encontraban, sentía que un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—Te ama Peyral, no hay duda, había dicho á Juan el hermoso Müller, como hombre entendido en esta clase de aventuras.

VII

Cora le amaba, en efecto, á su manera, á la manera que aman las de su raza, y un día le mandó llamar á su casa para decirselo.....

¡Pobre Juan! los dos meses que siguieron á aquella primera entrevista pasaron para él en medio de encantadores sueños.

Aquel lujo desconocido, aquella mujer elegante y perfumada, turbaban de una manera extraña su cuerpo virgen y su cabeza ardiente. El amor, de que hasta entonces no había visto más que una cínica parodia, le extasiaba ahora...

Y todo aquello le había sido otorgado sin reservas, de una vez, como las grandes fortunas de los cuentos de hadas.

Sin embargo, se sentía confundido cuando pensaba en el impudor de aquella mujer y en su espontánea confesión.

Pero cuando estaba á su lado, sólo pensaba en el amor que le inspiraba.....